

¿Qué hacer frente a la indiferencia religiosa?

EL fenómeno de la indiferencia religiosa se ha convertido en los últimos quince años en un auténtico desafío para el creyente y para el anuncio de la fe. En este artículo se pretende describir esta forma de increencia, analizar sus diversos tipos, indagar sobre los factores que la fomentan, y ofrecer unas líneas de actuación educativa y pastoral, sobre todo de carácter preventivo

Antonio Jiménez Ortiz*

A finales de los años ochenta saltó la alarma: analizando la evolución de la religiosidad española (1) entre los años 1970 y 1989, que abarcan la fase final del franquismo, la transición democrática y el gobierno socialista, se podía comprobar que la quinta parte de los

(1) Cfr. P. González Blasco, J. González-Anco: *Religión y sociedad en la España de los 90*, Madrid, 1992, 23-48.

* Profesor de Teología Fundamental de la Facultad de Teología de Granada.

españoles habían emigrado supuestamente de la esfera religiosa a la esfera de la indiferencia o del ateísmo. En 1970, el 96 por 100 de los españoles se declaraban *católicos*, con diversas matizaciones, y el 3 por 100 se declaraban *indiferentes* o *ateos*. En 1989 estos porcentajes eran, respectivamente, el 72 por 100 y el 26 por 100. De estos últimos el 5 por 100 correspondía a los que se denominan ateos, y el 21 a los indiferentes. Se llegó a hablar de la imparable marea de la indiferencia religiosa.

En 1993 el sociólogo Rafael Díaz-Salazar describía la situación religiosa en España con la expresión: «la transición religiosa». Opinaba que no había un declive de la religión, ni una desacralización del mundo, ni un paso irreversible hacia una sociedad secularizada. Más bien se trataría de una creciente escisión entre la religión y algunas dimensiones de la vida social y personal.

Según él, no era posible saber todavía hacia dónde desembocaría esta transición: ¿Hacia una especie de religiosidad vacía y a la expectativa? ¿Hacia una nueva forma de religiosidad no eclesial? ¿Hacia un agnosticismo práctico y no teorizado o hacia una mera indiferencia?

La tendencia de futuro más probable, según este sociólogo, sería la de un pequeñísimo aumento de los ateos convencidos y un relativo crecimiento de la indiferencia religiosa, muy asociada a una futura generación de padres, que, en una gran parte, ya no se considerarían personas religiosas (2). La clave estaría en la evolución religiosa del gran número de los que se consideran «católicos no practicantes» (3), que se evalúa, en 1979, en un 45 por 100 (4).

Sin embargo, las grandes encuestas realizadas sobre la religiosidad de los jóvenes españoles atemperaban, en cierto sentido, la alarma sobre el progresivo aumento de la indiferencia religiosa. Según las encuestas de la Fundación Santa María, en 1984 se autodefinían como indiferentes el 19 por 100 de los jóvenes españoles. En 1989, era un 18 por 100, y en 1994 se reducía a un 11 por 100. La encuesta sobre los jóvenes de 1993 del Instituto de la Juventud ofrecía el dato de un 7 por 100 de jóvenes que se autodefinían como indiferentes (5).

(2) Cf. R. Díaz-Salazar: «La transición religiosa de los españoles», en R. Díaz-Salazar, S. Giner (ed.), *Religión y sociedad en España*, CIS, Madrid, 1993, 110-111. 127-128.

(3) Sobre la evolución religiosa de los que se consideran «católicos no practicantes» y su posible paso hacia la indiferencia o increencia, cf. las atinadas reflexiones de A. Tornos, R. Aparicio: *¿Quién es creyente en España hoy?*, PPC, Madrid, 1995, 48-54.

(4) Cf. las tablas de datos en R. Díaz-Salazar: «La transición religiosa de los españoles», 133-134.

(5) Cf. J. Elzo: «La religiosidad de los jóvenes españoles», en *Jóvenes españoles 94*, Fundación Santa María, Madrid, 1994, 148. El trabajo de campo de la Fundación

Pero de los datos que se manejan no es posible discernir la radicalidad de esta indiferencia religiosa. De hecho, entre los llamados indiferentes encontramos auténticos no creyentes, personas sin sensibilidad religiosa y creyentes alejados de las instituciones eclesiales y afectados por crisis de carácter religioso. La indiferencia no supone de por sí el fin absoluto de toda preocupación religiosa. Más bien es el confuso resultado final de un rechazo de toda «fe» de carácter absoluto. Es nostalgia de libertad frente a las ataduras, que desemboca, ordinariamente, en el vacío y en la falta de compromiso.

¿Cómo podríamos describir esta indiferencia religiosa?

HABLAMOS de descripción en un primer momento, porque la comprensión exhaustiva de este fenómeno parece imposible. No existe el indiferente en estado puro. En el fondo se trata de una compleja situación humana en la que los valores considerados fundamentales hasta ahora aparecen velados, mutilados o solapados por otros intereses cotidianos, que de por sí son capaces de orientar y acaparar las fuerzas de la inteligencia y, sobre todo, de la voluntad de una persona concreta, de ordinario en una actitud de satisfacción existencial y de ausencia de interrogantes.

No parece posible definir adecuadamente este fenómeno, difícil de precisar, pero podemos describirlo como una tendencia muy compleja, caracterizada, desde el punto de vista subjetivo, por la ausencia de inquietud religiosa y, objetivamente, por la afirmación de la irrelevancia de Dios y de la dimensión religiosa en el plano axiológico: aunque Dios existiera, no sería un valor para el individuo indiferente. Se trata, por tanto, de un desinterés por lo religioso en el plano intelectual y de un desafecto a nivel de la voluntad, cuya etiología es compleja e incluso confusa.

El indiferente se halla perdido en la superficie de la realidad. La dinámica de su dimensión religiosa está bloqueada, cegada. Vive en la despreocu-

Santa María fue realizado en 1993. Los datos del Instituto de la Juventud del Ministerio de Asuntos Sociales son de un trabajo de campo de 1992 (Cf. M. Martín Serrano: «Actitudes sociales de los jóvenes», en M. Navarro, M. J. Mateos: *Informe Juventud en España*, Instituto de la Juventud, Madrid, 1993, 221). Una encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), realizada sobre 2.400 jóvenes de 15 a 28 años, ofrece el dato de un 13,1 por 100 para los que se autodefinen «indiferentes» en materia religiosa (Cf. *El País*, 31-3-1997, 22).

pación frente a lo religioso, adolece, sin nostalgias turbadoras, de insensibilidad ante ciertos valores, ante las experiencias de sentido y de totalidad (6). No se pronuncia ni a favor ni en contra de Dios. Sin afirmarlo explícitamente, le niega al problema religioso toda consistencia. Lo decisivo es la realidad inmediata, los objetivos profesionales, el arte, el poder, la felicidad, el éxito, el placer, el dinero, el consumo, el vivir sin horizonte trascendente. Esta indiferencia religiosa no se ofrece como una ideología. Se extiende como una mentalidad, como una atmósfera envolvente (7).

Aunque no existe el indiferente puro, aunque la actitud de indiferencia sea parcial y a veces compatible con restos de experiencias religiosas o con fragmentos de verdades cristianas, parece conveniente aceptar la categoría de «indiferencia religiosa» como modelo mental que ayude a reflexionar, a plantear preguntas que iluminen la situación y a proyectar iniciativas que puedan, sobre todo, prevenir esta forma actual de increencia (8).

Diversos tipos de indiferencia

DE un fenómeno tan masivo e informe, de perfiles tan confusos, no es posible establecer una clasificación estricta. Pero en este punto pretendemos hacer un esfuerzo por señalar ciertos elementos característicos que nos permitan agrupar de forma más o menos homogénea las diversas actitudes entre los indiferentes, intentando subrayar las motivaciones o experiencias que supuestamente han conducido a la indiferencia religiosa. Sólo así sería posible la difícil tarea de anunciar al Dios de Jesús en este mundo de la indiferencia.

Existe una *indiferencia religiosa por alejamiento progresivo*. Este proceso de descomposición (9) o banalización de la creencia desembocaría en una ausen-

(6) Sobre la relación entre «In-diferencia intelectual» y «des-preocupación» frente a la realidad de Dios, cf. las reflexiones de X. Zubiri: *El hombre y Dios*, Madrid, 1985, 278-280.

(7) Cf. V. Miano: «L'indifferenza religiosa: studio teologico», en Segretariato per i non Credenti, *L'indifferenza religiosa*, Roma, 1978, 9-14, 21-22; A. Grumelli: «Per un'analisi sociologica dell'indifferenza religiosa», en *ibid.*, 80-82, 92-93; G. de Rosa: «Indifferenza religiosa e secolarizzazione», en *ibid.*, 119-120, 125; G. Defois: «Quando la fede cristiana lascia indifferente... che fare?», *ibid.*, 169-170; H. Schlette: «Del indifferentismo religioso al agnosticismo», en *Concilium* 19 (1983) 226-229; A. Charón: «Indifferencia», en *Diccionario de Teología Fundamental*, Madrid, 1992, 713-714.

(8) Prevenir la indiferencia es la actuación clave frente a esta forma de increencia para J. Gevaert: *Prima Evangelizzazione. Aspetti catechetici*, Leumann (Torino), 1990, 98.

(9) Se suele hablar de «indiferencia de descomposición»: «La expresión "indiferen-

cia real de identidad creyente, provocada por un progresivo distanciamiento de la fe. Poco a poco la persona, que posiblemente ha tenido graves dificultades para expresar y compartir su fe, se aleja de la práctica sacramental y religiosa. Corta los lazos que la unen a la institución eclesial. Los contenidos de la fe van perdiendo vigencia personal cuando no son comprendidos, ya que posiblemente han sido transmitidos de forma deficiente o muy condicionados por circunstancias negativas de carácter biográfico. No se percibe su importancia en la existencia cotidiana y se van diluyendo en un sincretismo religioso que se aparta definitivamente del «universo cristiano», o se elabora una especie de «cristianismo a la carta», fragmentario e individualista, en el que se han seleccionado a voluntad las verdades y normas morales. La indiferencia surge silenciosamente como una solución no refleja, pero cómoda y sostenida por el ambiente.

Podemos distinguir otra *indiferencia religiosa por absorción psicológica*. Con una escasa formación e información religiosa debida a una débil socialización creyente, los individuos pueden encontrarse ante tareas, intereses, deseos que supongan un apasionamiento psicológico que vela y, poco a poco, anula la opción religiosa. Es un auténtico conflicto de valores, que no se vive de forma dramática. Simplemente se canalizan las fuerzas hacia proyectos personales que llenan la vida cotidiana sin que se perciba el vacío religioso ocasionado.

Otro posible tipo sería la *indiferencia religiosa por compromiso* de carácter social, político, cultural. Está íntimamente conectada con la anterior, pero la especificamos concretamente, porque aquí se suele dar una actitud más consciente, una voluntad que se decide ante una falsa alternativa: la fe o el compromiso humano. Falsa alternativa porque en realidad no se ha entendido el sentido profundo de la experiencia cristiana, que no es posible en su integridad sin una praxis consecuente. Quizá sea el resultado de la falta de significatividad vital de la fe: el creyente ya no percibe que la fe aporte algo específico a su compromiso humano. La misión descubierta al margen de la fe llena ciertos ámbitos de la existencia, y la complejidad reinante en el mundo actual y los desafíos que plantea ocupan y preocupan de tal forma al individuo que ya no hay sitio para la dimensión religiosa. Ésta se diluye en la indiferencia psicológica e intelectual.

Por último queremos señalar una posible *indiferencia religiosa como salida a un conflicto personal*. En todas las formas de increencia la biografía del individuo juega un papel decisivo, muchas veces totalmente desconocido por su

cia de descomposición" es una categoría construida por analogía con el concepto sociológico que trata de la "descomposición de la sociedad"» (J. M. Glé: «Quand l'indifférence parle à la foi...», en *Lumen Vitae* 46 (1991), 9).

entorno. En el caso de la indiferencia, ésta aparece, como hemos dicho más arriba, de forma gradual y casi imperceptiblemente, cuando ciertos conflictos personales, con fuerte incidencia en el campo afectivo, van minando la estructura creyente de la persona, de por sí poco sólida: los errores pedagógicos en la transmisión de la fe, realizada sin convicción ni credibilidad; las presiones, a veces chantajes, que tienen lugar en el ámbito familiar utilizando las verdades y moral cristianas; las experiencias frustrantes con creyentes, sobre todo con gente de iglesia, que alimenta la desconfianza en las grandes instituciones... El cansancio, la huida, la resignación, el despecho o la agresividad hacen el resto. La indiferencia religiosa es aceptada como una «tierra de nadie», donde ya no hay preguntas, ni dudas, ni crisis, ni exigencias que puedan perturbar.

Factores que desencadenan o fomentan la indiferencia

HABLAMOS expresamente de factores y no de causas, porque resulta difícil demostrar la conexión entre ciertos fenómenos y dimensiones de la experiencia humana actual y la indiferencia religiosa. A pesar de que los factores que vamos a exponer son tan complejos que no permiten establecer relaciones indiscutibles con la indiferencia, creemos sin embargo que es posible afirmar que el clima cultural, social, económico y político condiciona en gran medida la respuesta positiva o negativa a la oferta religiosa (10). Dicho de otra forma, la indiferencia religiosa es ante todo una actitud psicológica, una sensibilidad, pero que no se reduce a una simple experiencia personal. Es también una situación social, una atmósfera donde todo transcurre como si no existiera la cuestión de Dios. La indiferencia personal y la indiferencia social se condicionan mutuamente (11).

En la indiferencia, el sistema religioso de símbolos ha perdido capacidad de motivación, no ilumina la vida diaria, no funciona. Se abandona por inservible. Pero esta opción no solamente está guiada por la voluntad, el sentimiento, el deseo o el capricho, sino que está condicionada por un contexto cultural, que influye sobre la vigencia o precariedad de ciertas jerarquías

(10) Sobre la dificultad en establecer relaciones entre fenómenos culturales e indiferencia, cf. A. G. Weiler: «Causas de la indiferencia religiosa», en *Concilium* 19 (1967), 442.

(11) Cf. J. Girardi: «Reflexiones sobre la indiferencia religiosa», en *Concilium* 3 (1967), 442.

axiológicas. Por eso podemos hablar de factores de orden cultural que pueden desencadenar o fomentar una indiferencia religiosa.

En este sentido se viene afirmando que la *secularización* del mundo occidental ha sido un factor determinante para la aparición de la indiferencia religiosa. El proceso de secularización puede ser descrito como una «desacralización y mundanización del mundo», como una emancipación de la realidad terrena de los controles religiosos y del dominio de la religión cristiana, ejercido en la antigüedad y en la Edad Media. El resultado de este proceso es un mundo a disposición y bajo el gobierno del hombre, un mundo autónomo, campo para su libre investigación, creación y planificación.

Pero no es lo mismo que *secularismo*: Éste implica una absolutización de la secularización como una cosmovisión que excluye cualquier otra interpretación. El secularismo hace de los procesos históricos fijaciones absolutas. Con la afirmación del antropocentrismo elimina toda posible trascendencia. Construye un sistema cerrado, totalmente immanente, y rechaza cualquier otra dimensión de la realidad. La secularización es un complejo proceso cultural e histórico. El secularismo es una ideología excluyente y totalitaria. La secularización concede a la religión una oportunidad. El secularismo, ninguna.

La secularización supone de cara a la religión una gran libertad individual, un ambiente de respeto y tolerancia, pero también una gran soledad si se prescinde de un grupo religioso de referencia. Y esto constituye un desafío que puede hacer madurar una opción religiosa personalizada, o puede desembocar en un naufragio total de la fe aceptada por herencia social. En una sociedad secularizada, atravesada por corrientes secularistas, perdidos los apoyos sociales que sostenían tradicionalmente el universo simbólico religioso, pueden aparecer como irrelevantes Dios, la fe, la salvación eterna, la iglesia, la oración... Si al mismo tiempo el hombre se considera como la única y última norma de la verdad, de una verdad que no trasciende la historia, entonces todo queda sumido en el relativismo y cualquier valor es sustituible. Bastarán ciertos conflictos personales para hacer que una débil opción de fe se vaya diluyendo en la indiferencia religiosa...

El *pluralismo social* puede facilitar igualmente la indiferencia religiosa, porque fragmenta la realidad social y crea una enorme dispersión de intereses. En medio de la inevitable complejidad se desplaza la religión hacia una situación sectorial e incluso marginal, porque se crea una situación de «mercado», en que todas las religiones, confesiones e ideologías pueden ofertarse con libertad, dentro de la legalidad vigente, en un clima de respeto y tolerancia. Esta tolerancia no implica de por sí permisivismo ni relativismo, pero

qué duda cabe que la confusión y la duda acechan a los creyentes no convencidos y poco formados. Alejados de sus «estructuras de plausibilidad», grupos o comunidades en las que se vive experiencialmente el sentido del propio «universo simbólico», se hace inminente la caída en un indiferenciado sincretismo religioso, una combinación subjetiva de fragmentos de «credos», sin perfil ni exigencia. La indiferencia religiosa es ya sólo cuestión de tiempo.

Como hemos dicho más de una vez, la biografía personal es decisiva a la hora de reflexionar sobre el origen de la increencia. Por eso podemos hablar también de otras situaciones de carácter más subjetivo, aparte de los conflictos personales ya mencionados más arriba, que pueden explicar el proceso hacia la indiferencia. En primer lugar queremos mencionar las dificultades reales que muchos cristianos tienen frente a las celebraciones litúrgicas. Tras el Vaticano II se realizó un enorme esfuerzo para renovar la *liturgia*, haciéndola más transparente, digna y cercana. Sin embargo, muchos cristianos han ido abandonando en este tiempo las celebraciones de la iglesia. Los motivos son múltiples y complejos. Pero habría que preguntarse si realmente las dificultades no residen también en la opacidad de signos y símbolos, que en nuestro concreto entorno cultural y social ya no transmiten el testimonio del amor y de la belleza de Dios; en la repetición estereotipada y esteticista de ritos sin vida, sin convicción, que no comunican el mensaje, porque aparecen ajenos y extraños a la real sensibilidad de muchos creyentes. La indiferencia frente a esos «rituales lejanos» desembocará en el abandono total.

En íntima conexión con la liturgia está el problema de la comprensión del *lenguaje religioso*. Durante siglos el lenguaje de la fe ha gozado de una enorme estabilidad. Era aceptado sin graves dificultades, ejerciendo al mismo tiempo un gran poder cultural, al ser un factor decisivo de unidad religiosa y social, vehículo de comunicación, elemento de identificación personal y colectiva. Este lenguaje de la fe estaba unido profundamente a la vida cotidiana y a la concepción de la realidad. Pero desde hace ya tiempo vivimos «en otro mundo»: han cambiado radicalmente las imágenes del hombre, de la naturaleza, de la realidad. El cristiano vive de la misma experiencia fontal que otras generaciones creyentes pero su horizonte de comprensión es totalmente distinto. Y sin embargo, el lenguaje religioso ha mantenido la mayoría de las categorías, expresiones, signos y metáforas tradicionales que no logran transmitir de forma adecuada la experiencia cristiana, porque no conectan con el mundo interior y con las experiencias históricas del hombre de nuestro tiempo. Esta cuestión hermenéutica es de una enorme compleji-

dad. Pero en este momento queremos llamar la atención sobre el gran influjo que tiene un lenguaje de la fe incomprensible sobre el proceso que conduce a la indiferencia religiosa (12).

Pero el lenguaje religioso también se erosiona en una sociedad que provoca un vaciamiento de los mensajes por la inflación de signos, que se neutralizan mutuamente en su capacidad de comunicación. La banalización progresiva de los lenguajes provoca indiferencia cultural y psicológica, que se ve igualmente fomentada por *los medios audiovisuales*: la imagen y el sonido, la televisión y el auricular se están convirtiendo en generadores de indiferentes. Indiferencia por saturación, indiferencia por aislamiento, indiferencia por inmersión en la imagen, indiferencia como mecanismo de defensa frente a las agresiones de los medios, indiferencia por desconfianza en el hallazgo de la verdad, indiferencia por incapacidad de asimilación...

Se huye del silencio, se evita con horror el vacío y el desierto interior, imprescindibles para una personalización de los valores trascendentes. Cuando sólo la catástrofe o el desastre son capaces de conmover, todo está a punto de convertirse en insignificante. La indiferencia general va anegando sin dramatismo los valores religiosos (13).

Frente a la indiferencia religiosa: actuar de forma preventiva

PARECE ser convicción unánime que la respuesta pastoral al problema de la indiferencia resulta más difícil y compleja que la confrontación con las argumentaciones del ateísmo y del agnosticismo clásico. En estas dos formas de increencia el individuo tiene un perfil definido, está comprometido, sabe, aunque sea de forma no refleja, lo que significa «creer» en algo, poseer una «estructura creyente». El diálogo y el encuentro con ateos y agnósticos es posible. Están ahí. Ofrecen resistencia. Niegan, pero responden. No podemos decir lo mismo del indiferente: perdido en una masa informe, ya ni siquiera se preocupa de escuchar todo aquello que provenga del mundo irrelevante de lo religioso y también, con frecuencia, de los valores humanos que sostienen la existencia. El indiferente

(12) Cf. sobre el influjo del lenguaje de la fe en la indiferencia, G. Defois: «Quando la fede lascia indifferente... che fare?», en *L'indifferenza religiosa*, 171-174.

(13) Cf. sobre este punto el sugerente artículo de J. Collet: «Imágenes de la indiferencia, indiferencia ante las imágenes. Lo audiovisual y la indiferencia contemporánea», en *Cocilium* 19 (1983), 273-280.

guarda silencio sobre la fe y frente a la fe. ¿Habría algún ámbito donde fuera posible romper ese silencio?

Educar en los valores

LA estrategia frente a la indiferencia debe partir precisamente de una necesaria operación de educación en los valores. En un primer momento la clave está en lograr sensibilizar a los valores más decisivos, a las cuestiones más candentes de la vida: el destino del hombre, la pregunta por el sentido, la belleza, el amor, la violencia, la muerte, el anhelo infinito del hombre presente en todas sus experiencias significativas... Sería la forma de lograr que el indiferente comenzara a vislumbrar, desde su inconsciencia o nihilismo, la necesidad de un fundamento, de una «fe» como opción, como decisión vital, imprescindible para vivir con sentido. Es una especie de «propedéutica humana», que pretende romper la muralla de superficialidad, abriendo los ojos a la realidad religiosa a través de experiencias humanas significativas (14). El indiferente debe ser enfrentado con el hecho de que no hay cultura sin valores, de que en la historia multitud de seres humanos han vivido, han sufrido, han muerto por valores que trascienden el propio egoísmo. Han mantenido la esperanza en medio de graves conflictos porque creían en realidades que iluminaban su vida, su futuro, su muerte.

Esta tarea supone también ayudar al indiferente, con tacto y con decisión, en un esfuerzo de «personalización», de fortalecimiento del propio yo frente al ambiente que banaliza la vida y los valores. Ha de descubrir que la indiferencia asumida, pero carente de reflexión, es una forma deficiente de existencia, que ha de ser superada. Pero ahí reside el problema. ¿Existen todavía resortes que puedan ser activados en la persona? ¿Podrá el indiferente enfrentarse a la fragilidad de sus motivaciones y razones, al vacío interior en medio de los estímulos externos que lo arrastran? Y ante una indiferencia religiosa, irrefleja, aburrida, desinteresada, se ha llegado a proponer, para superarla, la «conversión» del indiferente al agnosticismo, como paso de una fatalidad inconsciente y despreocupada a una libertad asumida conscientemente y, al menos, humanamente significativa (15).

A la familia corresponde un papel determinante en esta educación en los

(14) Cf. A. Charrón: «Les conditions d'accès au spirituel en un temps d'indifférence religieuse», en *Kerygma* 24 (1990), 129.

(15) Cf. H. Schlette: «Del indiferentismo religioso al agnosticismo», 232-240.

valores, que lleve a descubrir el sentido de la dimensión religiosa, como parte integrante de la persona y como factor determinante de madurez psicológica y humana. Pero esa educación se ha de realizar en un ambiente de libertad que tenga en cuenta las condiciones concretas del sujeto. Sin autoritarismos ni imposiciones que coartan y bloquean, se ha de motivar adecuadamente al educando para que descubra y acepte los valores humanos y religiosos como algo decisivo para su persona, y no como una tradición familiar o como una receta para triunfar en la vida. Es imprescindible que los educadores actúen con convicción y coherencia, aportando su testimonio sincero.

Reactivar la actitud crítica

EN la génesis de la indiferencia religiosa juegan un papel muy significativo el ambiente social y la sensibilidad cultural, aunque no se pueda demostrar de hecho la relación directa entre contexto secularizado y pluralista e indiferencia. Pero no cabe duda que la atmósfera que se respira en la sociedad puede inclinar al individuo en ciertas direcciones, cuando otros factores personales, familiares y educativos van socavando la base de la experiencia cristiana. Por eso nos parece imprescindible una concienciación crítica frente a la avalancha de informaciones, modas, corrientes, modelos de identificación... que banalizan la existencia, confundiendo y reorientando por caminos no humanizantes.

Lo que proponemos es una desmitificación y denuncia de falsos ídolos. Hay que ayudar a enfrentarse a la complejidad de la realidad social y cultural con ojos críticos, desenmascarando las falsas expectativas y las propuestas vanas de salvación. La carencia de un Absoluto religioso y la necesidad elemental de sentirse anclado en un fundamento sólido empuja a los jóvenes, sobre todo, a crearse una estructura interior de sentido, articulando de forma confusa mitos, como el poder absoluto de la ciencia y de la técnica, el progreso indefinido, el hedonismo, la fuerza de la imagen o la capacidad liberadora del dinero. La indiferencia religiosa pueda desembocar en una indiferencia inhumana, cuando la búsqueda de felicidad no es capaz de romper el cerco del propio egoísmo y uno se hace insensible a los urgentes problemas del hambre, de las injusticias, de la violencia, del medio ambiente (16).

(16) Sobre la indiferencia religiosa entre los jóvenes, cf. el estudio interdisciplinar C. Semeraro (A cura di), *I giovani fra indifferenza e nuova religiosità. Situazione e orientamenti*, Ed. Elle Di Ci, Leumann (Torino), 1995.

Anunciar con credibilidad el centro de la fe

¿POR qué hablamos de centro de la fe?

El contenido de la fe no es algo amorfo y desestructurado. No debemos presentar las verdades cristianas como bolas de billar que se pueden almacenar indistintamente o como perlas de un collar que pueden ser engarzadas a capricho. La revelación tiene un núcleo, un centro que sostiene e ilumina todas las restantes verdades de la fe, que son, en último término, desarrollos legítimos de ese centro.

La jerarquía de verdades, de la que habla el Vaticano II (17), no es un principio de selección de verdades, sino un principio hermenéutico: trata de interpretar cada verdad en su relación con el conjunto y con el centro trinitario y cristológico de la fe. No supone ninguna mutilación de la fe, ni significa ninguna clase de minimalismo en la reflexión y predicación de la fe. La conciencia de esta jerarquía de verdades nos debe llevar a mantener la fe en su integridad, con un sentido profundo de la proporción y de la importancia de los diversos contenidos de la fe en relación con la salvación del hombre.

Esta reflexión nos permite plantear una terapia de choque, una táctica pastoral que, teniendo presente la integridad de la fe, sabe exponerla de acuerdo a la situación histórica y humana concreta. A un hombre, perdido en la confusión y alienado en la indiferencia, hay que enfrentarlo, con caridad pastoral y con claridad, con el núcleo de la fe: con la experiencia única de la salvación de Dios, que se ha manifestado de forma definitiva e insuperable en Jesucristo, por la fuerza del Espíritu. Hay que despertar su sensibilidad a la infinita misericordia de Dios, que es mediada en la historia por la Iglesia, la comunidad de creyentes, santos y pecadores, que creen en Jesucristo. Pero la Iglesia ha de realizar este anuncio con credibilidad. Si no es así, habremos dado un argumento más para la justificación de la indiferencia. Por tanto, este fenómeno de increencia recuerda nuevamente a la Iglesia su necesidad de ser continuamente autoevangelizada (18), para ofrecer un testimonio transparente y coherente del amor de Dios a los hombres,

(17) Cf. el decreto sobre el ecumenismo (*Unitatis Redintegratio*), n. 11: «Además, en el diálogo ecuménico los teólogos católicos, siguiendo la doctrina de la Iglesia, al investigar con los hermanos separados sobre los divinos misterios, deben proceder con amor a la verdad, con caridad y con humildad. Al comparar las doctrinas, recuerden que existe un orden o «jerarquía» en las verdades de la doctrina católica, ya que es diverso el enlace de tales verdades con el fundamento de la fe cristiana.

(18) Cf. Card. Paul Poupard: «Para la superación de la indiferencia religiosa», en *Scripta Theologica* 24 (1992), 54.

revelado en Jesucristo, despertando al mismo tiempo con iniciativas adecuadas el interés religioso dormido o extinguido.

Pero es imprescindible no olvidar la necesidad ineludible de un lenguaje apropiado. La comunicación de la experiencia cristiana no puede permitir la mutilación del mensaje revelado, ya sea haciéndolo víctima de ciertos aspectos de la sensibilidad actual, ya sea traduciéndolo en categorías culturales que cercenan contenidos de la revelación. Sin embargo, estas posibilidades negativas no nos pueden hacer olvidar que un mensaje no comprendido produce indiferencia. Las palabras teológicas «de siempre» pueden ser un obstáculo insalvable para el anuncio de la fe. Por tanto, dentro de la ingente tarea de traducir los contenidos de la fe en este momento de la historia, con sentido de creatividad y sostenidos por la fidelidad a la Revelación y a la Tradición, debemos ir elaborando un lenguaje que traduzca y comunique la experiencia cristiana de tal forma que en la masa de los indiferentes puedan sonar nuevamente palabras de vida y de salvación.